

## **Homilía 25 años de ordenación Padre Fernando Baeza Misa celebrada el 6 de Octubre 2012**

Queridos Hermanos: Os quiero dar las gracias por vuestra presencia en esta Eucaristía que quiere ser una acción de gracias por todo el cariño que he recibido del Señor, de la Mater, de mi familia, de la Familia de Schoenstatt y también de tantas personas que me han ayudado a ser Sacerdote. Han moldeado mi corazón, a veces lleno de imperfecciones, y me han hecho anhelar el poder querer más al Señor y a la Virgen; porque, en el fondo, cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que soy fruto de muchas circunstancias, pero especialmente de muchas personas buenas, que el Señor ha puesto a lo largo de mi camino; personas que me han ayudado, me han fortalecido en la fe, me han complementado y me han educado.

Quisiera en este día, antes de comenzar a compartir con vosotros un par de pensamientos, agradecer también, la presencia de mis hermanos sacerdotes, muy especialmente los de mi curso, que han venido de fuera, con mucho sacrificio, y sé lo que esto significa. Y después, también agradecer al Padre Pablo que me acompaña y representa a muchos sacerdotes diocesanos amigos nuestros. Al Padre Patricio y al Padre Thomas, que pertenecen a la Dirección General. Pero más que eso, son grandes amigos, compañeros de toda una vida, porque los cargos, siempre es así, pasan. Lo que queda es el corazón y los hombres. Así que a todos, gracias por estar aquí, y especialmente a mi Delegación Sión de María. A cada uno de vosotros os quisiera agradecer de corazón, también en particular a nuestras queridas Hermanas de María, al Instituto de las Familias, a las Señoras de Schoenstatt y a tantas personas. ¡Qué difícil poder terminar cuando uno comienza a agradecer!

Quisiera compartir con vosotros que todo lo que soy y tengo me ha sido regalado. Yo mismo me sorprendo porque, en general, yo no he sido nunca una persona muy inteligente y con buena salud, como decía el Padre Kentenich; en verdad, hay muchas cosas que me han costado mucho en la vida. Me cuesta mucho predicar, por ejemplo, cuando tengo ejercicios o cosas importantes, la noche anterior no duermo. Y siempre me he preguntado por qué Dios me ha elegido, se lo digo así de corazón, en este ambiente de familia, donde hay mucha gente a la que quiero mucho; decirles que de verdad el Señor me eligió y que de otra forma no puedo entender mi vocación. Él me eligió desde pequeño, a través de circunstancias, y fue moldeando mi corazón a imagen del corazón sacerdotal del Padre Dios; eso es algo que yo siempre he anhelado poder experimentar. He vivido profundamente el amor de mi familia y también la Misericordia de Dios, y eso es lo que he querido regalar a través de mi sacerdocio. Por eso, cuando me ordené, lo que le pedí al Señor fueron tres cosas, que quisiera compartir:

En primer lugar le pedí la Gracia de poder siempre ser un Sacerdote humilde y sencillo; es un valor que yo quiero y anhelo con todo el corazón. Le pido a Dios que no permita que olvide nunca quién soy, hombre de barro, hombre débil, también con muchas limitaciones. Pero creo en la Gracia de Dios y en el perdón de Dios. Por eso, cuando vosotros me escucháis, yo siempre digo lo mismo, todos tenemos en común que hemos sido heridos por la vida, a muchos de nosotros nos han faltado el amor que necesitamos, pero Dios, en su Misericordia infinita, nos ha tocado el corazón y Él nos ha regalado la gracia y el don de sentirnos hijos amados del Padre. Eso es, en definitiva, lo que yo siempre les digo, nada más. Esa herida muchas veces nos acompaña durante toda la vida, el Señor nos la pone para que aprendamos a ser sencillos, humildes, porque sólo los que son como niños van a poder entrar en el Reino de los cielos y van a poder experimentar, yo creo, la libertad profunda de los hijos de Dios. Y ésa es la meta, eso es lo que a mí, durante toda mi vida me ha movido; es el poder regalar lo que yo recibo, que no es otra cosa que la incondicionalidad del amor del Padre y su profunda Misericordia, de eso, hoy quiero dar testimonio a través de mi vida, especialmente a través de lo que yo he vivido.

Lo segundo que quisiera compartir con vosotros es que, cuando yo era joven, como alguno de vosotros, estaba bastante perdido por la vida y me encontré, gracias a Dios, con gente buena, como yo digo; una

cosa tengo que comentar, yo le tenía una manía atroz a Schoenstatt, porque encontraba que era un grupo de pijos y además tenía a mis dos hermanos, que estaban muy metidos en Schoenstatt, y yo decía: «*Yo a esto no voy a entrar jamás*». Pero sí iba todas las semanas al Santuario, cuando estudiaba en la Universidad, a pedir a la Mater que me ayudara en los exámenes, porque mis inseguridades me han acompañado siempre, a pesar de que me iba siempre bien. Además invitaba a otros amigos al Santuario. Conocí a una Hermana de María que me marco profundamente y que para mí fue también un regalo de la Santísima Virgen María, la Hermana Paulina, a quien quiero recordar con mucha gratitud en este día, porque muchas veces siento que soy poco fiel y me duele terriblemente no poder, verdaderamente, ser mucho más servicial con tanta gente que en mi vida me ha ayudado mucho. Con ella compartí muchas cosas muy bonitas, porque trabajaba en la Pastoral Universitaria. La diferencia mía con muchos de los Padres jóvenes, es que, cuando entré en la Comunidad, entré porque me dolía la pobreza de mi Patria, entré para tratar de regalar un mundo mejor, más humano, más libre, más feliz, más pleno, eso es algo que me acompaña, el tener una sensibilidad especial por la gente que sufre.

En tercer lugar, quisiera decir que mis comienzos no fueron fáciles; no lo fueron, porque muchas veces vi la oscuridad, en este camino me pregunté si verdaderamente iba a ser feliz, me pregunté también si esta Comunidad me iba a aguantar, porque yo, por naturaleza, he sido una persona muy libre y los que me conocen, lo saben. Tuve muchas dudas y hasta el día de mi ordenación de Diácono todavía no sabía si iba a ser capaz de ser fiel al Señor; pero Dios me ayudó por ejemplo, a través de la Hermana Paulina, quien me ayudó a ver a Dios de una forma más personal, más humana, me enseñó a ese Padre bueno, rico en Misericordia. Porque mi padre es un hombre excepcional y de una Fe profunda, es una persona muy exigente, entonces, claro yo nunca quería pertenecer a lo que él pertenecía, eso lo tenía claro. Y poco a poco me fui animando y me fui haciendo más amigo del Santuario y de la Familia de Schoenstatt, y tengo que decir, que un día preparando un examen, me encontré con un libro de Padre Kentenich, del Padre Hernán; por eso la vocación es algo misterioso, yo siempre lo digo, algo que no se puede explicar humanamente. Yo todo lo que les digo ahora son trazos que me ayudan en algo a entender el misterio de esta vida que Dios me ha permitido vivir. Leí ese libro del Padre Kentenich y cuando termine el libro dije: «*Esto es lo mío*». Y seguí trabajando en el hospital, corriendo de un lado para otro, lleno de actividades, pero ese libro me cambió la vida. Por eso hoy día también quiero agradecer por el sacerdocio de nuestro Padre Fundador, el Padre José Kentenich, por su modelo pedagógico, por su sabiduría humana, por haber sido un hombre que supo comprender lo complejo del alma moderna y con la cual yo me he sentido muchas veces muy identificado; yo quisiera también agradecer a la Familia de Schoenstatt; nunca termino de dar gracias por la Familia a la cual Dios me ha llamado y encuentro que es un gran regalo, un gran don, para mí personalmente, el poder servir, en mi sacerdocio a esta Familia, donde nosotros experimentamos tanto y tan bien la cercanía y la delicadeza de María, del Señor y de nuestro Padre; por eso muchas gracias a cada uno, nuevamente, por todo lo que me habéis regalado, de una u otra forma; también en vosotros quiero recordar a tantas personas con las cuales he compartido parte de su vida; algunos ya han partido a la casa del Padre y otros me acompañan desde lejos. Porque muchos de vosotros, de verdad, habéis hecho posible el sacerdocio que vivo y el sacerdocio que quiero vivir hasta los últimos años.

Quisiera compartir con vosotros algunas cosas que para mí son importantes: en primer lugar, si habéis escuchado las lecturas que hemos elegido en este día, veis que yo apuesto profundamente al amor. Cuando me tocó ordenarme sacerdote, yo no sabía el lema que iba a elegir, porque soy muy desorganizado, entonces siempre me dejo, de una u otra forma, complementar por los hermanos y muchas de las cosas que hago es porque ellos me ayudan, no porque yo sea un gran estratega, sino que verdaderamente me dejo complementar y muchas veces sus ideas me ayudan en mi vida. Recuerdo que estaba como loco escribiendo mi tesis final de Universidad, en alemán además, y había elegido: «*El concepto de obediencia del Padre Kentenich*», muy complicado, yo no sé cómo lo aceptaron, pero bueno, me ayudó mucho el Padre Ludvich, quien está por aquí. Recuerdo que mi jefe de curso, que hoy día representa a todo mi curso, el Padre Gerardo, llegó a mi cuarto; yo tenía, no sólo un cuarto, sino tres cuartos, siempre he tenido tres cuartos, en uno mi cama, en otro mis libros, mi desorden, y en el otro tenía todo lo que tenía que escribir, y la máquina de escribir; El P. Gerardo me dice: «*Ya tengo el lema*

*para tu ordenación»;* yo no tenía ni idea de qué lema era, y me dice: «*El amor es más fuerte*». Lo acababa de decir el Papa Juan Pablo II, en el año 1987, en Chile; cuando él fue de visita muchos manifestantes de la ultra-izquierda empezaron hacer desorden y él paró la misa y dijo: «*El amor es más fuerte*» y fue lo que me caló profundamente. Entonces le dije: «*Ése es mi lema*». Y nunca más, de verdad, lo he dejado, porque para mí hay algo que es importante y que yo lo aprendí de nuestro fundador, del Padre Kentenich, yo creo que lo único que merece la pena es el amor. Os quisiera animar en este día de acción de gracias a creer en el amor; el amor es lo que nos hace personas, es lo que nos da calidez, es lo que nos ayuda a todos nosotros a ser mejores. Apostar por el amor significa, apostar por la verdadera vida. Que no nos cansemos de poder amar y, ojalá, llegar a lo que Dios nos pide de una u otra forma, amar profundamente e incondicionalmente; es lo único que sana, que nos hace libres y, por otra parte, es lo único que nos hiere profundamente y si nosotros somos muchas veces honrados con nosotros mismos, nos vamos a dar cuenta de que las grandes tristezas de nuestra vida son porque hemos sido heridos en el amor. Y el amor nos enaltece, nos ayuda a ser personas profundamente felices y plenas. El amor lo vamos a encontrar siempre en este lugar, en el Santuario de Schoenstatt, donde la Santísima Virgen, no solamente nos cobija, si no que Ella nos sana.

Por eso, mis queridos hermanos, les voy a decir que soy una persona que, en general, quiero mucho a la gente; yo no miro a nadie, ni por su condición social ni por su situación; no es tampoco mérito mío, sino que Dios me ha dado ese don y esa gracia, que yo creo, lo recibí de mi madre y lo sigo dando, porque es un regalo de Dios. Para mí es importante el poder dar testimonio, yo creo que hoy día más que nunca, en esta sociedad en la cual nos toca vivir, en la Iglesia, necesitamos empaparnos mucho más del Evangelio de Jesús y dar testimonio todos nosotros, como cristianos, de que el amor es más fuerte y que, en el corazón de Dios y en el corazón de la Santísima Virgen María, todos nosotros tenemos un lugar especial para poder vivir en plenitud y en auténtica felicidad. Y ésa es la tarea y ése es el desafío que hoy día nos pide el Señor y nos pide también la Nueva Evangelización. Si queremos hoy día regalarle al mundo una Iglesia dinámica, una Iglesia que sea veraz, una Iglesia auténtica, como, decía nuestro Padre fundador, tenemos que apostar en el amor y tenemos que abrir nuestro corazón porque el amor es el único que es capaz de romper todas nuestras defensas y todas nuestras dificultades. Yo por eso, al terminar esta Eucaristía, quisiera deciros, a cada uno de vosotros, por favor, hagamos, un examen de conciencia ¿Hemos amado realmente a los demás? ¿Creemos verdaderamente en el amor? ¿Cuántos límites o defensas tiene nuestro corazón, límites que muchas veces no nos permiten amar? Ayudemos a perdonar y a perdonarnos y forjemos un mundo más cálido, más humano, más delicado, porque ése es el mundo del Señor y ése es el mundo de la Santísima Virgen María, nuestra Madre.

Por eso el Señor nos dice: «*Venid a mi todos los que estáis cansados, agobiados, que yo os aliviaré*». Venid a mí todos los que estáis heridos, todos los que muchas veces no encontráis consuelo porque yo os daré la auténtica paz y la verdadera felicidad, que no se encuentran muchas veces, ni en el matrimonio, ni en la vida soltera, ni en la vida llena de dinero, sino que se encuentran verdaderamente en el corazón de Dios, en ese corazón donde todos nosotros tenemos un lugar y donde experimentamos que Él nos ama de una manera única e incondicional.

Al final, deciros otra cosa, y con esto término, agradecer a todos vosotros por todo lo que me habéis regalado. Quisiera nuevamente agradecer a muchas personas que quiero y que me acompañan desde el cielo, y eso es lo más lindo, yo siempre lo digo, son nuestros ángeles del cielo. Está la madre de nuestro querido Diácono Lorenzo, gracias por venir. Y también a él porque fuimos vecinos de cuarto y siempre le encomiendo nuestro sacerdocio y nuestras vocaciones. Agradecer a tantas a personas que, de una u otra forma, han venido a acompañarme; por eso quisiera poner mi mirada en María y terminar con una oración de nuestro Padre Fundador que dice: «*Recibe Señor toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad y todo mi corazón. Todo me lo has dado, todo te lo devuelvo sin reservas, haz de ello lo que quieras, sólo concédeme una cosa, tu Gracia, tu Amor, tu Fidelidad. Tu Gracia para que me doblegue constantemente a Tu voluntad y a Tus deseos, Tu amor para que me sepa y me sienta amado por ti, como la niña de tus ojos. Tu fidelidad para que, en ti y en la Santísima Virgen, sea realmente fiel a lo que me pidas, sin buscarme nunca a mí mismo. Esto anhelo que sea toda mi riqueza. Amén*